

Apuntes de Clase: Métodos de Interpretación del Libro de Apocalipsis

*Por: Héctor A. Delgado**

Nota: *El siguiente comentario constituye una reflexión sobre algunos aspectos teológicos que considero de interés en mis lecturas de los materiales de textos asignados por la universidad donde curso mi licenciatura en teología.*

Pregunta: ¿Cuál de las cuatro formas conocidas de interpretar el libro de Apocalipsis le parece mejor? ¿Por qué?

Respuesta: Thomas D. Lea nos refiere los cuatro métodos más comunes usados para interpretar el Apocalipsis. Seguiré su mismo orden y aportaré algunos detalles que considero de interés

1) *Preterismo.* Este enfoque sostiene que el Apocalipsis se relacionan “principalmente con el período en el que fue escrito” el libro. “El punto fuerte de este enfoque” – nos dice D. Lea – es que proyecta cierta relevancia a “la situación vivida por la iglesia primitiva”. Obviamente esperaríamos que un libro que se escribió para ser originalmente “enviado a las siete iglesias” (Apoc. 1:11) que había en el Asia,^[1] tenga algo de pertinencia para sus lectores. Pero los destinatarios originales del libro de seguro que encontraron más que símbolos complicados en las páginas de “esta profecía” (cf. v. 3), encontraron una bendición por “leer”, “oír” y “guardar” “las cosas en ella [las profecías] escrita”. Cada libro de la Biblia debía tener pertinencia temporal inmediata para sus lectores originales, de lo contrario, ¿qué sentido habría tenido recibir el mensaje inspirado? Pero es claro, al leer el libro de Apocalipsis que la pertinencia de su mensaje, abarcaba más que la época apostólica: “Escribe lo que has visto, lo que ahora es, y lo que ha de suceder después” (Apoc. 1:19). Resulta obvio que había más que referencia a hechos locales en las profecías del Apocalipsis, y el mismo verso 3 así lo revela al decir “el tiempo está cerca” hablando de la consumación de la historia (cf. 22: 10). Aquí radica precisamente la “debilidad” del método preterista, pues limita el mensaje del Apocalipsis a hechos históricos pasados.

Aunque el método preterista “es el más común en nuestros días”[2] para interpretar el Apocalipsis, en la opinión de algunos expertos (bastantes por cierto) “la interpretación preterista es insostenible a no ser que niegue el carácter profético que el mismo libro exige (22:19)”. [3] Este método evidentemente descuida o deja de lado “el elemento de predicción, porque se centra totalmente en eventos históricos del siglo primero [... este método] no llega a valorar el progreso que hay en el libro [...] Resulta difícil ver que la secuencia progresiva que hay de cada uno de estos cuadros [los sellos, las trompetas y las copas] se refiera sólo a eventos contemporáneos de la primera parte del siglo primero”. [4]

Pero hay que reconocer que el método preterista (con su enfoque arraigado en el pasado) usa una herramienta parcialmente válida al explorar el valor que tuvo el Apocalipsis para los cristianos del primer siglo; su fallo fundamental radica en quedarse en el primer siglo y no avanzar junto con las exigencias del mensaje profético mismo. Más adelante exploraremos algunos detalles adicionales.

2) *Historicismo*. Esta escuela de interpretación sostiene que las profecías del Apocalipsis abarcan acontecimientos que tienen que ver con la historia del pueblo de Dios desde los días en que fue escrito el libro y hasta la consumación del Plan de Dios en el fin de la historia. Thomas D. Lean nos dice que “el punto fuerte de este enfoque es que ofrece a los lectores un énfasis fuerte sobre la soberanía de Dios en los eventos mundiales”. [5] Pero también le ve un punto débil: “La subjetividad y el desacuerdo amplio entre sus lectores [...] los que defienden este criterio despliegan una variedad amplia de interpretaciones en su esfuerzo por relacionar los símbolos de Apocalipsis a los eventos mundiales”. [6] Es cierto, los que han estudiado el libro del Apocalipsis desde una perspectiva histórica (preterista), así como historicista, con frecuencia han explotado desmedidamente las aplicaciones del libro desacreditando así sus interpretaciones. Sin embargo, me parece que el desacuerdo entre los expertos no significa necesariamente que el método que usan sea inadecuado, más bien el problema radica en que fallan en entender las tendencias históricas que son relevantes y marcan el rumbo ideológico dominantes en la historia. Fallar en entender los hechos históricos claves que señalaban la venida y la obra del Mesías no significó una falla en las profecías mesiánicas, sino un problema en la mentalidad de los líderes judíos. Más adelante volveremos a abordar este método de interpretación

3) *Futurismo*. Este método de interpretar el Apocalipsis ha sido descrito por sus partidarios como el “mejor porque sólo interpreta literalmente Apocalipsis, de la misma

manera que se interpreta el resto de la Biblia”.^[7] En la opinión de Thomas D. Lea “el punto fuerte de este enfoque es su énfasis sobre la actividad progresiva de Dios en la historia del mundo”.^[8] Pero me parece que siendo más objetivo esta “fortaleza” debería atribuirse al método historicista por su énfasis en la actividad continua de Dios en la historia (desde los días del profeta hasta el fin de la historia) que presenta “la actividad progresiva de Dios en la historia del mundo”. Si el movimiento divino comenzó en los días que se escribió el libro y termina en el escatón, entonces esto es “actividad progresiva” en su más pura esencia.

Las debilidades observadas en este método son las siguientes: a) “Deja a los destinatarios originales de Apocalipsis con un mensaje limitado de estímulo. ¿Cómo recibirían ánimo los destinatarios por la información acerca del regreso de Cristo por lo menos dos mil años en el futuro”.^[9] Una brecha de dos mil años en la actividad divina en la historia por medio de la “palabra profética” es inaceptable. b) Resulta poco convincente creer que solo el mensaje a las siete iglesias tuvieron relevancia para el pueblo de Dios hasta la llegada de los eventos escatológicos propuestos por los futuristas. c) Generalmente este método se recomienda así mismo como “el mejor”, pero no le dice a nadie las razones que le dieron origen. Esto lo veremos más adelante. Bien observó el erudito Simón Kistemaker, “Juan, sin embargo, escribe para sus contemporáneos y para los creyentes de siglos sucesivos; tiene un mensaje para la iglesia en todo el mundo en todas las épocas. El libro está lleno de palabras de consuelo para el pueblo de Dios en todo lugar y tiempo”.^[10] Esta me parece una conclusión muy razonable.

4) *Idealista* o espiritual. Este enfoque niega la propuesta de los métodos anteriores y sostiene que “el Apocalipsis no predice eventos futuros, sino que presenta un cuadro de la lucha continua entre el bien y el mal en la iglesia y la historia del mundo. El énfasis está en los principios básicos de obra de Dios en la historia más que en eventos específicos”.^[11] El punto fuerte de este método de interpretación profética lo constituye su “reconocimiento de la presencia de muchos símbolos en el Apocalipsis”, pero este reconocimiento proviene de cualquiera de los métodos en estudio ya mencionados. Personalmente creo que su fortaleza está en el reconocimiento de los principios que subyacen en las realidades proyectadas por los símbolos apocalípticos. Solo que esta idea debe ser explicada. Su mayor debilidad está en “la actitud escéptica de sus seguidores hacia la profecía predictiva, también el no desarrollar una perspectiva sobre la acción de Dios en la historia”.^[12]

La tendencia de espiritualizar los símbolos del Apocalipsis (una tendencia muy antigua por cierto) puede llevar al estudioso de las profecías a un terreno pantanoso en el que perezcan él y sus ideas conjuntamente. En la opinión de Samuel Pérez Millos, “no puede espiritualizarse, o alegorizarse todo el contenido del libro, como ocurre a modo de ejemplo, con el descenso o segunda venida del Señor, ni tampoco con la nueva creación de los cielos y tierra”.^[13] Por su lado, el erudito Kistemaker observa las presuposiciones que subyacen en el método idealista al decirnos: “No todos los intérpretes (idealistas) tienen en alta estima las Escrituras, y algunos utilizan el Apocalipsis como un documento para causas concretas. Para estos intérpretes, Apocalipsis es un libro lleno de principios éticos que ayudan a sus lectores en las luchas cotidianas en las esferas de la economía, la raza y el género. Utilizan Apocalipsis como una fuente para enseñar teología de la liberación para ayudar a los pobres en su lucha contra la opresión económica [...] Algunos interpretan Apocalipsis como base para construir una teología feminista”.^[14] Y estas son las presuposiciones que no siempre resultan claras para los estudiantes de las Escrituras. Al ver estos métodos como ofertas para interpretar el Apocalipsis, deberíamos ser cuidadosos para elegir el sistema correcto.

Aun existe otro método que no es mencionado por Thomas D. Lea, y que generalmente se pasa por alto en los materiales de estudio, y es el que nos refiere la Biblia de Estudio NVI en su nota introductoria al libro de Apocalipsis. Método ecléctico. Este método combina todos los enfoques anteriores. Pero creo que los eruditos que usan este método (o fusión de métodos) pasan por alto el contexto histórico que dio origen al método preterista, futurista y al idealista. Y al proponer una plataforma de fusión para interpretar el Apocalipsis no solo ignoran el fundamento de la literatura apocalíptica bíblica (que debe ser diferenciada de la apocalíptica intertestamentaria), sino que nos proveen un terreno pantanoso y amalgamado para sostener verdades de trascendental importancia para la iglesia y nuestra vida personal. La combinación de métodos defectuosos (como si fuéramos a tomar una batida de diferentes frutas) no convierte el resultado final en un método seguro. Lo que posiblemente tenemos es un nivel de confusión mayor.

Uno de los mayores errores que comenten los intérpretes preteristas, futuristas, idealistas y eclécticos es dejar de señalar las bases de las profecías de Daniel para las profecías de Juan. Apocalipsis no nace en el vacío, sino sobre la plataforma de las revelaciones dadas el profeta Daniel, con quien este último posee vínculos poderosos (cf. Dan. 7, Apoc. 13). En el primer libro quedaron “selladas” partes de las profecías “hasta el tiempo del fin” (cf. Dan. 12:9), cuando los estudiosos recibirían luz del Cielo para

entenderlas en armonía con las revelaciones del Apocalipsis. Tanto el libro de Daniel, como el libro del Apocalipsis apuntan hacia la segura consumación de la historia y del Plan de Dios (Cf. dan. 8:17, 19, 11:35, 40; 12: 4, 9; Apoc. 1: 3; 10:7; 22: 10). Entre estos dos puntos (el tiempo del profeta y el fin de la historia) median una serie de acontecimientos que daría orientación y esperanza al pueblo de Dios. La función del pueblo de Dios, guiado e iluminado por el Espíritu Santo, ha sido percibir y entender los hechos históricos que revelan la actividad histórica de Dios en el mundo. Esto es historicismo en su más pura esencia.

Consideraciones Adicionales

Personalmente creo que parece poco convincente la explicación que nos proveen los intérpretes futuristas sobre lo que significa hacer una interpretación “literal” del libro de Apocalipsis y qué eso esa razón debe interpretarse una forma estrictamente futurista. No creo que sea correcto acercarnos a la apocalíptica bíblica con la misma aptitud que a otras partes de la Biblia. Es imposible acercarse al cap. 17 de Apocalipsis con la misma actitud que al cap. 14 del evangelio Juan. Si bien ambos pasajes requieren un acercamiento correcto y reverente, al hacerlo, el lector cuidadoso y atento descubre inmediatamente que está frente a dos tipos de literatura muy distintas. También es cierto que las Escrituras demanda una interpretación histórico-gramatical que nos provea el sentido real de sus declaraciones, pero también es cierto que cuando estamos delante de un símbolo, metáfora o figura debemos ejercer mucho cuidado para descubrir la realidad que está representada (o escondida, si se quiere) en el símbolo. Sea cual sea el caso que tengamos delante de nosotros, a la hora de hacer una interpretación del texto sagrado, debemos recordar siempre que “la Biblia es su propio interprete”.

Por ejemplo, el “dragón” constituye un símbolo de Satanás (Apoc. 12:7-9). El “Cordero” (Apoc. 4 y 5) representa a Cristo (Juan 1:29). La “mujer” en el AT tanto como en el NT constituye una figura conocida que representa al pueblo de Dios. Si es una mujer pura, a un pueblo fiel (2 Cor. 11:2), si es una mujer adúltera, a una congregación apóstata (cf. Eze. 16). Las “bestias”, representan reinos terrenales, que según Daniel han recibido autoridad del Dios soberano (cf. Apoc. 13:1, 11, Dan. 7:17; 2:20, 21, 37). Los “vientos” constituyen símbolos adecuados de conflictos y fuertes disturbios (cf. 7:1, Dan. 7:2). Las “aguas” representan “muchedumbres de gentes, pueblos y naciones” (cf. Apoc. 17:1, 15). Las “estrellas” representan a los “ángeles de la iglesia”; los “candeleros” a las “iglesias” (cf. Apoc.

1:12-16, 20). Una montaña cayendo puede representar a un poder político opresor (cf. Apoc. 8:8; Jer. 51: 25).

De manera que siguiendo esta misma línea, el papel del intérprete bíblico es encontrar el significado del símbolo y luego descubrir cuál es la realidad a la que el símbolo hace referencia. El hecho de que muchos intérpretes historicistas han fallado en aplicar a las entidades correctas los símbolos apocalípticos, no revela debilidad en el método, sino en los intérpretes. Este fallo sencillamente revela que así como existen eruditos que no comprenden adecuadamente el mensaje bíblico, así mismo existen otros que no comprenden adecuadamente los hechos históricos que han marcado el rumbo ideológico dominante en la historia de la humanidad o los poderes terrenales políticos o políticos-religiosos que juegan un papel protagónico en su oposición al pueblo de Dios. Interpretar correctamente la historia es una necesidad vital, ya que los símbolos apocalípticos no están diseñados para ser aplicados a cualquier realidad histórica, sino a las que Dios ha señalado por medio de ellos. Por ejemplo, si aplicamos en forma ecléctica el símbolo del dragón a los poderes totalitarios que han gobernado en el planeta, de seguro que Satanás estaría muy contento con semejante interpretación. Lo mismo ocurre con todos los demás símbolos apocalípticos. Ellos apuntan no a cualquier poder o hecho contemporáneos (como lo enseña el método idealista), sino a una realidad en particular. La tarea, repito, del intérprete bíblico (con la ayuda e iluminación del Espíritu de Dios – Juan 16:13) es encontrar esa verdad escondida en el símbolo apocalíptico.

El libro de Daniel como ejemplo

Todos los estudiantes de la apocalíptica cuando abordan las profecías del libro de Daniel (hasta donde he podido consultar) – sin importar la escuela a la que pertenezcan – hacen una interpretación historicista prácticamente de todas sus profecías. Por ejemplo, la cabeza de oro (como el león de dos alas), representa al imperio neobabilónico; el pecho y los brazos de plata (como el oso), representa a medo-persa; el vientre de bronce (como el leopardo de cuatro alas y cuatro cabezas), simboliza a Grecia; y finalmente, los muslos y piernas de hierro (como la cuarta bestia indescriptible), constituyen un símbolo del Imperio Romano pagano (cf. Dan. caps. 2 y 7).[15]

De manera que cuando Daniel escribió estas revelaciones proféticas estaba dando un detalle histórico de los eventos que tendían lugar desde sus días y hasta el establecimiento del

reino de Dios en un futuro lejano. Esto, repito, es historicismo. Si usáramos los mismos argumentos ya trillados de los intérpretes preteristas, futuristas o idealistas contra el método historicista, de que los lectores de los días del profeta no se beneficiarían en nada, por revelar hechos muy lejanos a sus días, estaríamos destruyendo la utilidad histórica subyacente en las profecías de Daniel. Existe un ejemplo bíblico que me causa admiración (y que creo sirve para fortalecer nuestra idea sobre este aspecto), y tiene que ver las promesas abrahámicas. Estas fueron dadas a nuestro padre Abrahán (Gén. 12:1-3), luego ratificadas varias veces (Gén. 12:7; 13:14, 15; 15:1; 17:1-7). Pero muy pronto comprendió Abrahán que la verdadera herencia se dilataría un buen tiempo y que él moriría uniéndose al descanso de sus padres (Gén. 15:13-16). Estas promesas estaban unidas inseparablemente al elemento profético (430 años de espera). ¿Entonces por qué recibir semejante informaciones con tanta anticipación? ¿De qué manera, esa profecía animaría la fe de un pueblo que iría muriendo en el camino a su cumplimiento? Bien, esas buenas nuevas tenían que acompañar al pueblo de Dios para animarles y fortalecerles en el camino hacia la tierra prometida. Durante siglos la “palabra profética” les conduciría infundiéndole ánimo y dirección. Así, el futuro (por más lejano que estuviera), siempre estaría lleno de certidumbre y seguridad, pues estaba predicho con precisión. De esta manera, todos los santos del pasado, desde los días de los patriarcas hasta los días apostólicos, fueron bajando a la tumba con la “bendita esperanza”, de que era “fiel Aquel que había prometido” (Heb. 11:11-16). El apóstol Pablo nos dirá que todos ellos “murieron en la fe, sin haber recibido las promesas, mirándolas de lejos, saludándolas y confesando que eran peregrinos y forasteros sobre la tierra” (v. 13, NRV 2000). Lo que probablemente no pudieron comprender claramente los santos de las generaciones pasadas, era que “Dios había provisto algo mejor para nosotros, para que ellos no llegaran a la perfección aparte de nosotros” (Heb. 11:40). De manera que Dios no ve las cosas como no nosotros la vemos. Dios tiene un Plan, y ese Plan dará sus frutos en la mañana de la resurrección, el día final de la gran reunión de todos los creyentes de todas las épocas.

Siglos y siglos después que Dios hiciera las promesas a su siervo Abrahán, aparece una nueva generación de creyentes a quienes se le llama “los herederos de las promesas”, los cristianos (Heb. 6:17). Pero esta generación, abarca a todos los que, bajo la luz desbordante del evangelio de nuestro Señor, entran a formar parte de la nueva comunidad de fe, el nuevo Israel de Dios, compuesto ahora por judíos y gentiles creyentes (Rom. 9:6-8; Gál. 3:28-29). Y por eso, leemos que “Dios interpuso juramento” (v. 17) para asegurarnos dos cosas inmutables “en los cuales es imposible que Dios mienta” – v. 18). ¿Y por qué hizo el Señor

una agenda tan dilatada, tan extensa, ¡tan largal? Bueno, eso no podemos responderlo porque es imposible comprender los profundos designios de Dios (cf. Rom. 11:33-34). Pero hay algo que resulta claro y que nos ayuda a evitar el desánimo: “Cuando Dios hizo la promesa a Abrahán, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo, al decir: ‘De cierto te bendeciré, y multiplicaré tus descendientes’. Así, habiendo Abrahán esperado con paciencia, alcanzó la promesa [...] Por eso, cuando Dios quiso mostrar a los herederos de la promesa, la inmutabilidad de su propósito, interpuso un juramento; para que por los [dos] actos inmutables, en los cuales es imposible que Dios mienta [las promesas y el juramento], tengamos un fortísimo consuelo, los que nos hemos refugiado en la esperanza propuesta. Esa esperanza es segura y firme ancla de nuestra vida, que penetra más allá del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho Sumo Sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” (Heb. 6:13-20, NRV 2000, las cursivas han sido añadidas). Mientras dure el ministerio de Cristo en el Santuario celestial, tendremos una “esperanza viva”. Su intercesión celestial es nuestra garantía y seguridad.

De manera que, una profecía no tiene que ser de cumplimiento inmediato para que sea de beneficio al pueblo de Dios. Bien puede mediar un prolongado período entre la promulgación y su cumplimiento, y aun así ser “una lámpara que alumbraba en un lugar oscuro” guiándonos en nuestro sendero “hasta que el Lucero de la mañana alboree en nuestros corazones” (2 Ped. 1:19, VRV 1977). Esto tampoco implica el concepto de una brecha de cientos o miles de años (como propone el método futurista), pero sí que hay cosas que deben esperar, mientras que otras en cumplimiento nos mueven hacia delante. Por consiguiente, el argumento del tiempo presentado como objeción contra el método historicista carece de fundamento. Y es que el pueblo de Dios no vive solo en una época particular del tiempo, vive en todas las épocas del tiempo, de manera que la profecía vista como pasado, presente y futuro (historicismo) constituyen un factor esperanzador que alimenta sus esperanza y le provee orientación fidedigna de la “hora” que viven en el tiempo.

El erudito William Johnsson, reconoce que la “propia forma de las visiones” de Apocalipsis, cuando es estudiada cuidadosamente, “nos obliga a entender alguna clase de cumplimiento histórico [...]

“En contraste con otros métodos de exposición, el historicismo – aunque algunas veces echado a perder por enfoques diversos, sensacionales, especulativos y contradictorios – aparece como el enfoque hermenéutico más válido para los apocalipsis bíblicos. Los

marcadores temporales guían al lector como indicadores en un viaje que comienza en el propio tiempo del escritor y termina en el eterno reino de Dios. El sendero que ha tomado el historicismo no desaparece después de unas pisadas (como sugeriría la interpretación histórico-crítica), ni aparece de la nada (como sostendría el futurismo). Más bien, avanza en una línea continua, tortuosa algunas veces, y, según todas las apariencias, hasta con marcha atrás, pero siempre, dirigiéndose hacia el escatón”.[16]

Como se puede apreciar, creo que la escuela historicista (que repito, no tiene nada que ver con la escuela preterista) provee mejores herramientas para la interpretación del libro de Apocalipsis. Y creo que los intérpretes que la desdeñan lo hacen porque pasan por alto ciertos indicadores que están presentes en el texto apocalíptico. Estos “indicadores”, si fueran apreciados, los guiarían a un correcto entendimiento de las profecías.

Ahora quiero exponer brevemente las razones de mis reservas con los métodos preterista y futurista particularmente.

Cuando la Reforma protestante hizo su aparición, la denuncia casi unánime de todos los grupos protestantes en los diferentes países era que el Papado constituía el Anticristo predicho por los profetas y apóstoles. Esto, naturalmente motivó a los líderes católicos a contrarrestarlos. El objetivo era encontrar una excusa válida para dichas acusaciones y desvirtuar así la fuerza del dedo acusador de los protestantes. Y en esta área alcanzaron una profunda victoria. Es así como aparecen en el siglo XVI dos jesuitas españoles llamados Francisco Ribera y Luís de Alcázar quienes asumieron el reto de hacerle frente a la interpretación protestante. Crearon entonces, interpretaciones “aparentemente razonables, aunque contrarias a las de la Reforma”. Ribera sostuvo que el Anticristo, lejos de ser un sistema religioso como el Papado, sería un individuo que aparecería en el futuro, “un gobernante impío de Jerusalén que ejecutaría sus designios al fin de los siglos en tres años y medio literales”. [17] Esta interpretación futurista se convertiría en la “interpretación habitual católico-romana en cuanto al Anticristo, y es ahora la más difundida entre los católicos”. Pero esta aplicación de la profecía dejaba un vacío histórico que procuró ser llenado por Alcázar, quien declaró “que prácticamente todas las profecías terminaron con la caída de la nación judía y con la destrucción de la Roma pagana; y que el Anticristo había sido algún emperador romano como Nerón, Domiciano o Diocleciano”. Esta interpretación dio origen a la escuela preterista. “La enunciación de estos dos puntos de vista – futurismo y preterismo – mostraba el espectáculo anómalo de dos explicaciones opuestas y mutuamente excluyentes

que surgieron de la misma Iglesia Católica; pero lograron su propósito: confundir la interpretación profética protestante”.[18]

Es bueno saber que por más de 300 años la teología de Francisco Rivera, “ligeramente modificada, pulida y ampliada por otros católicos, no pudo entrar al círculo de los protestante, quienes la veían como una falsificación teológica. No fue sino hasta principios de del siglo XIX cuando [...] penetró en el protestantismo”.[19] Ya se comprenderá porque es imposible que la escuela historicista encuentre lugar en las interpretaciones proféticas predominantes de protestantismo de hoy.

Hay quienes, incluso han llegado a decir, después de analizar el desarrollo de la corriente futurista, como el erudito judío Clifford Goldstein, que este método de interpretación “probablemente más que ningún otro factor, ha cambiado la actitud de la mayor parte de los protestantes del siglo XX con respecto a la Iglesia Católica romana”.[20] La ironía de todo esto es que la escuela futurista tuvo su origen ¡en la misma Iglesia Católica!

Este mismo escritor, usando la ilustración de un río, describió el preterismo como un método que solo mira el lugar donde nace el río. El futurismo fue descrito como un método que solo mira el lugar donde el río desemboca. Pero el historicismo es un método que observa el lugar donde se origina el río, el cauce mismo del río y el punto donde desembocan sus corrientes. Por defecto, el historicismo constituye un método mucho más abarcante. Desde mi punto de vista, creo que el preterismo y el futurismo constituyen fragmentaciones del método historicista, ya que este último, analiza el pasado (el origen o punto de partida), el presente (cauce o flujo actual) y el futuro (lugar de desemboque) de los acontecimientos. Solo que los dos primeros métodos de interpretación se concentran en partes separadas que en sí mismas no constituyen el todo, ni pueden arrojar la realidad profética completa. Podemos decir, para finalizar nuestra idea, que el futurismo y el preterismo constituyen métodos “cojos” de interpretación.

Resulta instructivo además saber que la interpretación histórica del libro de Daniel no está relegada a novatos y fanáticos apocalípticos – como han sugerido algunos –, muy por el contrario, “los registros atestiguan que entre los intérpretes de Daniel se han contado muchos de los más conspicuos y respetables eruditos de los siglos. No hay motivo alguno para avergonzarse en cuanto al origen de la interpretación históricamente establecida (entiéndase, historicismo)”.[21]

Notas y Referencias:

[1] Se reconoce que había más de siete congregaciones cristianas en el Asia, incluso “posiblemente más importantes que las mayorías de las siete mencionadas [...]” (Samuel Pérez Millos, *Apocalipsis*, comentario exegético al texto griego del Nuevo Testamento, [Editorial CLIE, 2010], p. 91). ¿Por qué, entonces, el número siete? Los eruditos han dado diferentes interpretaciones a este hecho, pero se reconoce generalmente estas siete iglesias representan las condiciones espirituales que “se verían una y otra vez en congregaciones locales a lo largo de la historia de la iglesia” (Paul N. Benware, *Panorama del Nuevo Testamento* [Editorial Portavoz, 1990], p. 281. Otros expertos sostienen que las “siete cartas como una visión profética de la historia de la Iglesia en su curso descendente hacia la tibieza de Laodicea” (Biblia de Estudio, NVI [Editorial Vida, 2000], nota sobre Apoc. 1: 20, p. 2023). Aun otros intérpretes ven aquí “que Juan usa el número siete de manea simbólica para transmitir una idea de integridad. De ahí que ninguna iglesia queda excluida, porque Jesús tiene un mensaje para cada una de ellas” (Simón J. Kistemaker, *Apocalipsis, Comentario al Nuevo Testamento* [Libros Desafíos, 2004], p. 111). Pérez Millos nos refiere que “las siete iglesias son expresión extensiva de la Iglesia de Jesucristo en la tierra, en cualquier tiempo y en cualquier lugar” (Ibíd.). En este caso el “siete” es visto como símbolo de la “totalidad de la iglesia”. Personalmente creo que, siendo que existían más de siete iglesias en el Asia, pero sólo a las siete mencionadas en el Apocalipsis es que se les envía el libro, estamos en el deber de reconocer un interés particular y no casual en estas congregaciones. Y como el mensaje profético del libro (cf. Apoc. 22: 19), acompañaría a los cristianos desde el primer siglo y hasta la consumación de la historia (cf. Apoc. 1:3, 11, 22:14), me inclino por la posición de la NVI citada en este párrafo, aunque no es la única que proyecta en su nota sobre Apoc. 1: 20.

[2] D. A. Carson y Douglas J. Moo, *Una Introducción al Nuevo Testamento*, colección teológica contemporánea [Editorial CLIE, 2005], p. 641.

[3] Samuel Pérez Millos, *Ibíd.*, p. 45.

[4] Kistemaker, *Ibíd.* p. 52.

[5] *El Nuevo Testamento: su trasfondo y su mensaje* (Editorial Mundo Hispano, 2000), p. 612.

[6] *Ibíd.*

[7] Benware, *Ibíd.*, p. 278.

[8] D. Lea, *Ibíd.*, pp. 612, 613.

- [9] *Ibid.* p. 613.
- [10] Kistemaker, *Ibid.*, p 55.
- [11] D. Lea, *Ibid.*
- [12] *Ibid.*
- [13] *Ibid.*, p. 45. Las cursivas están en el original.
- [14] *Ibid.*, p. 57.
- [15] Debería seguir la comparación de los pies de hierro mesclado con barro como símbolos correspondiente con los diez cuernos de la bestia indescriptible, pero aquí los intérpretes varía mucho. Personalmente creo que se corresponden sin ninguna ambigüedad.
- [16] William Johnsson, *Teología*, fundamentos bíblicos de nuestra fe (APIA, gema Editora, Asociación Publicadora Interamericana, 2008), p. 67. Para un estudio erudito que analiza el cumplimiento de las profecías en la historia, véase las obras del erudito Antolín Diestre Gil, *El Sentido de la Historia y la Palabra Profética* (Editorial CLIE, 1995), tomo I y II.
- [17] Francisco Rivera fue quien escribió el primer libro sobre futurismo en el año 1580. En esta obra enseña que el Anticristo no era un sistema, dinastía o poder “semejante al papado, sino un individuo que se levantaría al final del tiempo y originaría una época de tres años y medio de tribulación para los judíos en Palestina [...] El escritor católico G. S. Hitchcock dijo: ‘La escuela futurista, fundada por el jesuita Rivera en 1591, espera en lo futuro la aparición del Anticristo, Babilonia, y la reedificación del templo de Jerusalén al final de la dispersión cristiana’ (Clifford Goldstein, *Manos Sobre el Abismo* [Publicaciones Interamericana, 1982], p. 21).
- [18] *Comentario Bíblico Adventista*, tomo IV, p. 45.
- [19] Goldstein, *Ibid.*
- [20] *Ibid.*, p. 21. Para un estudio
- [21] *Comentario Bíblico Adventista*, tomo IV, pp. 42.

*Para comunicarse con el autor, puede escribir a: reflexionesteologicas@gmail.com